

Sacerdote:

hombre con límites que es elegido para transmitir la gracia.

FREDY DE JESÚS ARISTIZÁBAL ARISTIZÁBAL¹



En ocasiones me pregunto si ser sacerdote aún vale la pena. Suspiro al contemplar en un futuro la posibilidad de ofrecer mi ser por la santificación del pueblo santo de Dios. Sin embargo, a mi corazón vuelve la pregunta, ¿ser sacerdote tiene sentido? Después de reflexionar, he podido dilucidar que el sacerdote es el hombre que primero se siente salvado y luego es capaz de anunciar que el Reino viene a vencer el mal y que desea que se instaure en la vida de muchos. El sacerdote es el hombre que se ha sentido amado y por ello es capaz de brindarle a otros amor o más bien, brindar al Amor, a Jesucristo.

Las manos del hombre consagrado son las manos de un ser que adolece, se cuestiona, pero cree que Jesucristo todos los días le sigue llamando. El sacerdote es el hombre que capacita su vida en función de la escucha, ya que en la cotidianidad siente el susurro divino. El hablar de Dios es tan extraño, que se define como silencio², y no solo eso, el hombre mismo tiene que ser silencio cargado de palabra; el hombre debería ser presencia silenciada, como lo es Dios. La presencia silenciada, siempre se siente, no por la unión de sonidos, sino por la vibración del corazón. La presencia celeste es tan fuerte porque anuncia que el Reino ha llegado. Un reino que vence la indiferencia expulsa el mal, libera a los que han sido excluidos y mira con futuro a cada hombre. Un reino que se ha hecho carne, se ha hecho pan y vino, para hacerse comprensible.

Un hombre que conoce sus límites, pero que aspira algo más.

El sacerdocio que Jesucristo le confía a unos hombres pescadores es aquel que la parca no termina, porque donde el amor existe, la muerte no vence, la muerte impulsa a ofrecer lo que se posee: un corazón repleto de intenciones y de rostros que buscan un poco de gracia y misericordia.

Vida en abundancia es la oferta que Jesucristo le hace a los que desean seguirle; pero esta vida que les ofrece no es para ellos, es para todos los hombres, sin importarle nada. La fecundidad de su ministerio se basa en los abundantes frutos que Él da. Estos se ven reflejados cuando los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son sus propios gozos y esperanzas, tristezas y angustias³. Y todo lo hace porque la fiesta del Reino comienza acá, en el Dios que viene, en el Dios que todo el tiempo hace

advenimiento. Dios viene a traer vida en abundancia por medio de hombres limitados y frágiles, pero que clavan su mirada en Aquel que los supera.

En ocasiones necesitamos cosas intangibles como: tiempo, apoyo, lágrimas y aliento, allí aparece el sacerdote. Él nos ofrece la posibilidad de vivir en la eternidad, ya que nos puede hacer «escapar» de la sucesión del tiempo, del ritmo de la naturaleza o de la consecución del pensamiento que nos atemoriza con el devorarnos. Pero, para ofrecernos el eviterno necesita ser el hombre que todos los días quiera ser santo, que aspire vivir en la inmortalidad al lado del que ofreció todos los días en el Altar y con su testimonio. El sacerdote todos los días recuerda que su ministerio tiene sentido en el Sumo Sacerdocio de Cristo «que asumió nuestra naturaleza, para que, habiéndose hecho hombre, [nos] hiciera dioses a los hombres»⁴, haciéndonos así «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1, 4). De esta manera el sacerdote estará capacitado para hacernos eternos, no solo en la memoria de algunos cuantos, sino escribiendo nuestros nombres en el libro de la vida.

Un hombre miembro de un pueblo elegido.

El sacerdote es uno tomado de entre los hombres. Él es miembro de un proyecto de salvación llamado Iglesia, la cual es comunidad que reúne y acoge. La Iglesia es «un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición (...), que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (1 Pe 2, 9-10). Esta es la más bella definición que podríamos dar de la Madre y Maestra que nos abraza y nos acompaña en el peregrinar hacia la Jerusalén celeste.

La Iglesia toda es un pueblo sacerdotal, ya que participa del sacerdocio de Cristo. Los bautizados son consagrados como Templos del Espíritu ya que son «adoradores en Espíritu y verdad» (Jn 4, 24) y convierten su propia vida en un «sacrificio vivo,



¹ Estudiante de II año de teología del Seminario Conciliar de Medellín.
Correo electrónico: fredydeja@gmail.com

² Robert Sarah. *La fuerza del silencio* (Madrid: Palabra, 2017), 24.

³ Concilio Vaticano II. *Gaudium et spes* (Madrid: BAC, 1966), 1.

⁴ Santo Tomás de Aquino, *Oficio de la festividad del Corpus*, Lectura II.

santo y agradable a Dios» (Rom 12,1), es decir, un culto espiritual. Los sacerdotes ministros son miembros de un pueblo sacerdotal, de allí nace su vocación. Primero son sacerdotes por el bautismo e hijos de la Iglesia, luego son consagrados como ministros en favor del Pueblo de Dios y constituidos como pastores de la Iglesia que escuchan el querer de Dios con la historia humana. Sin duda, ambos sacerdocios son diferentes esencialmente y no sólo en grado, sin embargo, se ordenan el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo⁵; ambos como sacerdotes tienen un servicio, un ministerio, un encargo, una misión que solo ellos pueden desempeñar. De igual manera, ambos anuncian que el Reino ha llegado con su manera de actuar y de creer.

Cuando comprendemos al sacerdote como miembro del Cuerpo místico de Cristo, miembro de la Iglesia, nos hacemos responsables de su vocación, de la semilla que Dios ha plantado en su interior, dado que su respuesta será un acto de bondad de Dios para con su Iglesia. Además, nos enseñará que en nuestras manos también está el futuro de la Iglesia, que nosotros, todos los bautizados, caminamos como hermanos hacia la ciudad celeste. El sacerdote ministro ofrece los dones del Cielo a sus hermanos que también son sacerdotes.

El sacerdote hombre del Misterio.

Este ser humano tomado de entre el pueblo, pero consagrado, tiene una función sagrada: la Eucaristía.

Él actúa en la persona de Cristo y proclamando su misterio, une la ofrenda de los fieles al sacrificio de Cristo; actualiza y aplica el sacrificio de la Misa, hasta la venida del Señor⁶. El sacerdote es *alter Christus*, y todos los días se esfuerza por ser *ipse Christus* y actúa *in persona Christi Capitis*. Esto quiere decir, que el sacerdote es otro Cristo, que busca ser Cristo mismo y que su accionar es en la persona de Cristo.

En otras palabras, él busca todos los días configurarse como Cristo servidor y Buen Pastor, Aquel que da la vida por sus amigos, Aquel que se ofrece para la salvación de muchos.

Sacerdote, etimológicamente significa «quien hace lo sagrado», por ello una de sus principales funciones es, continuar el ejercicio de la salvación por medio de la liturgia, sirviendo con dignidad a los fieles las dádivas de lo alto, consagrando al pueblo a su Señor, por medio del ofrecimiento de los dones



terrenales para que se conviertan en el medio eficaz de la salvación. El sacerdote ofreciendo el Banquete Eucarístico aprende a hacerse alimento para el pueblo al que sirve, se hace «tierra prometida» que fortalece y ofrece esperanza a muchos. Él es «cura» ya que su labor es ser cuidador de los corazones que le han sido confiados. Él cultiva lo divino en el hombre y lo acompaña para llevarlo al Cielo.

También, el sacerdote es el hombre que prepara y está disponible siempre para dar a sus hermanos los sacramentos que son el consuelo y el advenimiento del Señor para con los hombres. Esto exige, que el hombre consagrado sea de una profunda espiritualidad y piedad, que siempre se acerca al Altar del Señor con dignidad, como ministro que busca la santidad de su vida y ayuda a que otros encuentren su llamado a la vida bienaventurada. Lo que no excluye que sea un hombre pecador, por ello, él como ministro que perdona los pecados y reconcilia a los hermanos, también acude con frecuencia a los brazos misericordiosos del Señor y se reconcilia con Él.

El sacerdote es un liturgo que redimensiona el mundo en el contexto del culto siendo poeta de la palabra⁷. Él es el vocero de una comunidad de fe, ya que recita una Palabra que no es suya, sino que es una Palabra ajena, de otro, del Otro.⁸

En fin, el sacerdote es un hombre que habla con su presencia silenciada, que inspira con su vida entregada, que nos ofrece lo eterno con los misterios que nos da, que comparte nuestros sufrimientos y alegrías, penas y esperanzas. El sacerdote es un hombre elegido de un pueblo sacerdotal, para ofrecerle lo sacro: la gracia, la esperanza, la misericordia, la nueva oportunidad.

Referencias

- *Catecismo de la Iglesia católica*. s.f.
- Concilio Vaticano II. *Lumen gentium*. Madrid: BAC, 1966.
- Posada Gómez, Edward A. "Entre incienso y rimas, sacerdotes y poetas. Trazos de una espiritualidad filosófica." *Escritos* 21, n° 46 (enero-junio 2013): 203-22
- Santo Tomás de Aquino. "Oficio de la festividad del Corpus" en *Liturgia de las Horas*. s.f.
- Sarah, Robert. *La fuerza del silencio*. Madrid: Palabra, 2017.

⁵ Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*..., 10.

⁶ Cfr. *Catecismo de la Iglesia católica* 1566. https://www.vatican.va/archive/catechism_sp/index_sp.html

⁷ Edward A. Posada Gómez, "Entre incienso y rimas, sacerdotes y poetas. Trazos de una espiritualidad filosófica," *Escritos* 21 (enero-junio 2013), 216.

⁸ Ibid., 219.